

IMAGENES DE UN SUÑO: EL DIA QUE FUI CAPTURADO EN PLAYA GIRON

Por Felipe Rivero

(CONTINUACION)

Las ideas en la forma de los recuerdos de aquéllo, continúan fluyendo a mi cerebro. Es un experimento interesante. No, no es agradable, pero repito, sí interesante.

¿Un experimento en masoquismo? Pudiera ser. Lo que sea, sin embargo, no es importante, por lo menos para mí, sino la fascinación que me produce poder revivir aquellas experiencias,

recordar cosas e incidentes, que pensaba que estaban permanentemente sepultados en mi subconsciente. Mi memoria trabaja, limpiándolos de la bruma del tiempo, y cada vez los va presentando con mayor nitidez.

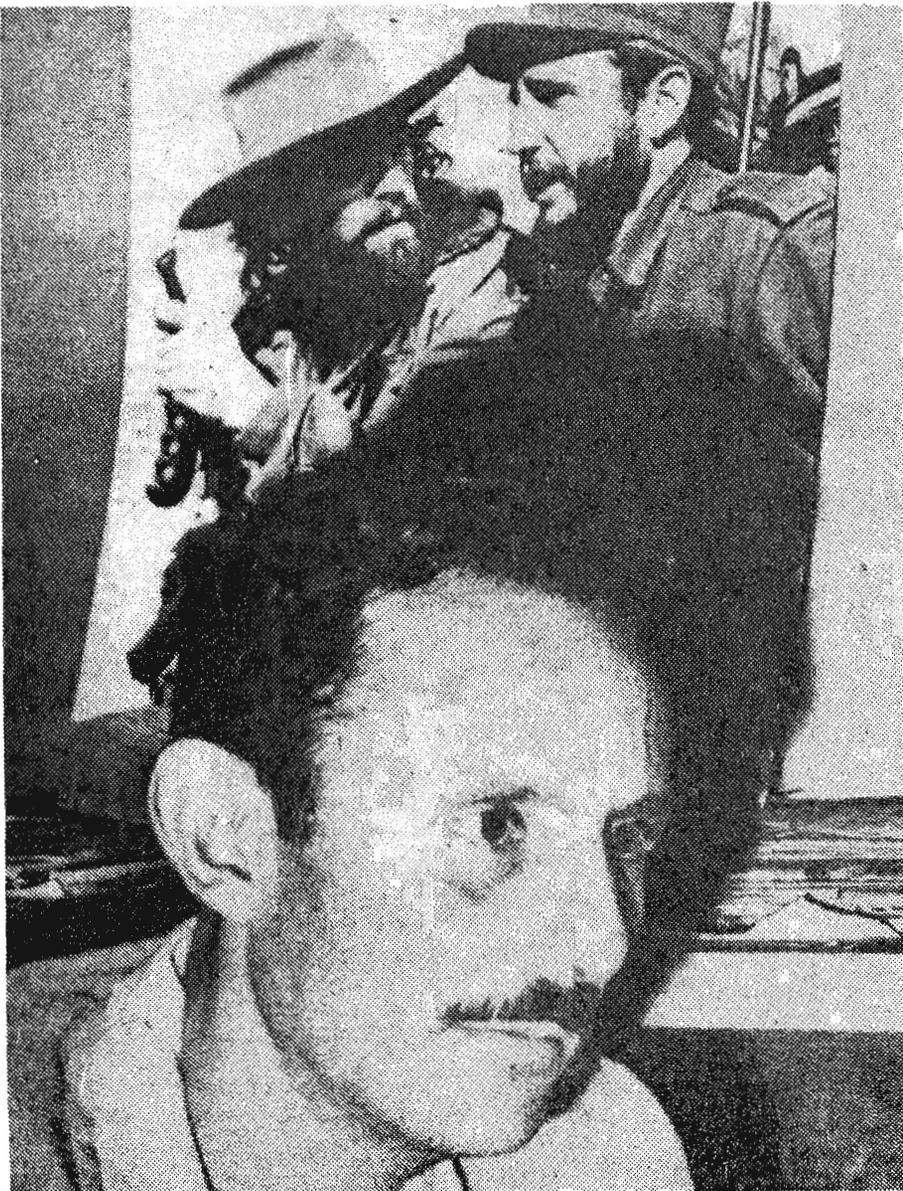
Ahora convergemos sobre la retaguardia nuestra, que resulta ser el pueblo de Girón. Un moderno villorrio turístico junto al mar, completamente destrozado por los bombardeos aéreos. El espectáculo que contemplo desde una pequeña elevación de terreno, se asemeja a un Dunkerque, un Dunkerque en miniatura. Algunas lanchas de goma y un pequeño pesquero de una vela, repletos todos con hombres nuestros, tratan desesperadamente de alejarse de la costa, mientras los proyectiles de la artillería enemiga, levantan columnas de agua a su alrededor. En la playa se apiñan nuestros vehículos y cientos de hombres. Es el final.

Junto a un bohío abandonado, descubro un barril. Está lleno de agua... pero... ¿cómo llevarmela?, me pregunto desesperado. Hablamos perdido nuestras cantimploras. Entonces, Vilarello, mi buen compañero en el team de bazukas, me alcanza una botella polvorienta.

"¡Llévala rápido... y vámonos de aquí!" me dice "los milicianos están muy cerca..." Lleno la botella y me la llevo enseguida a la boca. Es un agua tibia y babosa. Miro para el barril. El agua tiene un color verde carmelitoso. Sobre su superficie, flotan pudriéndose infinidad de insectos, una rata negra y unas cuantas lagartijas. El asco se confunde ahora con la sensación de alivio, que me produce el agua. Mi compañero toma también la botella. Mira hacia el barril y no dice nada. Yo tampoco. Llenos de asco, pero sintiéndonos mejor, corremos hacia la playa.

Muy cerca de la costa, observo a un destructor norteamericano. Una de

"Ese no es ningún infeliz —me respondió una voz en el grupo— Ese es Carlos Franqui!"...



nuestras lanchitas de goma, se le acerca humildemente. Por encima de ambos, revolotea un "Sea Fury", poderoso avión de caza inglés, perteneciente al enemigo. No se atreve a atacar a la frágil embarcación nuestra, al parecer por temor a las antiaéreas del destructor.

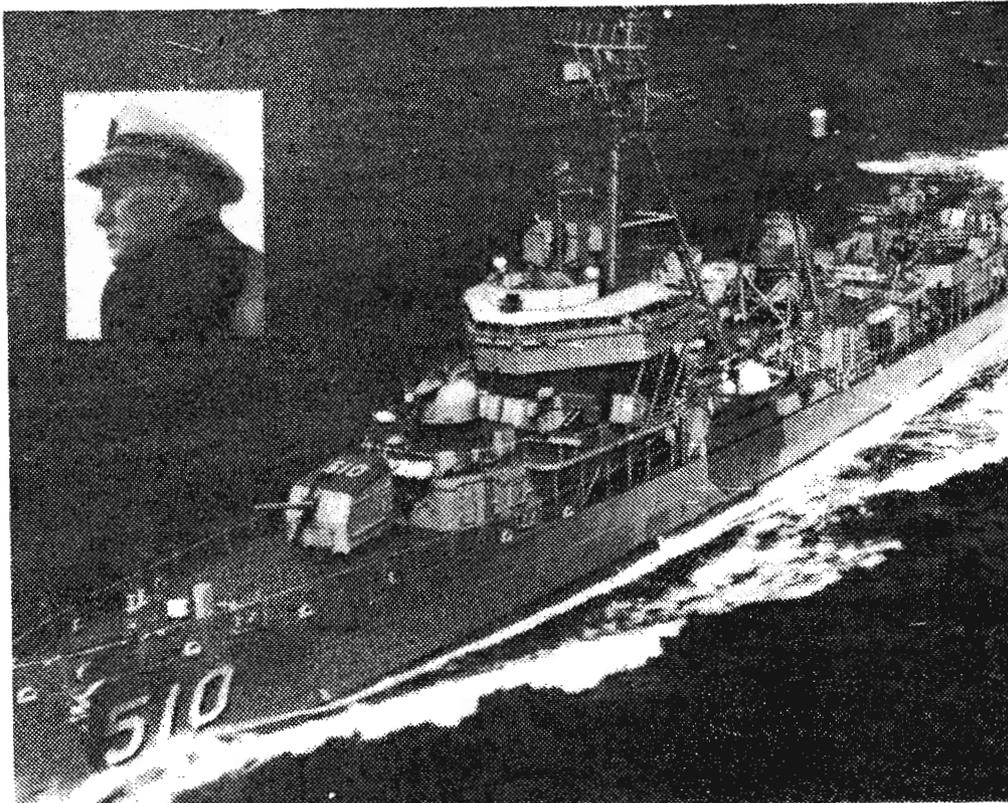
Entonces el barco norteamericano vira en redondo y se aleja hacia la línea del horizonte. Como un halcón furioso, el avión se lanza en picada sobre la lancha.

Segundos después, esta parece desmaterializarse sobre la clara superficie del mar. Los tres o cuatro tanques que nos quedaban, abandonados ya, están parqueados en fila, a unas pocas yardas de donde estoy parado. Corro hacia el más cercano. En mi cerebro sólo bulle un pensamiento.

Dispararle un cañonazo a ese destructor, para que se acuerden de nosotros mientras vivan. Ya junto al tanque, un segundo pensamiento hace que me detenga. Yo no sé cómo funcionar el cañón del tanque, y aún si lo lograra por mi entrenamiento en distintas armas, pienso, el dispositivo eléctrico, que mueve la torreta del cañón, estaba descompuesto en casi todos los tanques nuestros. Nos los habían dado viejos y defectuosos. Yo solo no podía moverlo a mano. Me encaramo en el tanque. El buque de guerra norteamericano continúa alejándose. Miro hacia unos cuantos compañeros, que pasan corriendo cerca de donde estoy, y les grito: "¡Doscientos años de infamia, van tras la estela de ese barco...!" Nadie me hace caso.

La negrura de la noche es casi impenetrable. Los cañones enemigos, peinan constantemente el bosque, donde cientos de hombres, no s hemos refugiado. El frío proveniente de la ciénaga y los mosquitos, aumentan nuestros sufrimientos. No hay una gota de agua en nuestro grupo. La botella de agua sucia se quedó con Vilarello. Un ataque aéreo nos había separado.

Nunca más lo volvería a ver, pues moriría asfixiado en la famosa **rastra de la muerte**, del "comandante" Osmani Cienfuegos. Por un instante, coqueteo con la idea del suicidio. Alzo el cañón del M-3 hacia la altura de mi cabeza, pero entonces pienso, que con lo largo que es y el tirón que da, lo más probable sería, que no lograra matarme bien. "Además..." me digo mientras bajo el arma "de hacerlo... me iría al infierno". Este último pensamiento, me trae a la memoria a un viejo amigo y compañero de colegio, que solía decir, que todo aquel que ha estado por varios años en un colegio religioso, llevaba siempre a un curita escondido en la parte de atrás del cerebro. A pesar de lo terrible de la situación, no pude evitar reirme para mis adentros, acordándome de los nueve años que pasé con él en el colegio de Belén, y lo cierto que era aquello que decía. El curita entonces me indica que debo confesarme. Por suerte hay un sacerdote en nuestro patético grupo. Me



Les grito: "Doscientos años de infamia van tras la estela de ese barco... Nadie me hace caso"...

arrastró hasta él en la oscuridad y le digo: — Padre... yo quisiera confesarme. - Su blanquísima y redonda cara hispana se recorta extrañamente en la negrura de aquel bosque. Con un poco de imaginación, aquel cura estaba dentro de la penumbra de un confesionario. Pero no, no estábamos en una Iglesia, sino en un monte inhospito. El cura no tenía sotana, sino un uniforme de camoufflage, y en su mano derecha, en vez de un breviario, empuñaba una pavorosa pistola 45. Al escuchar mis palabras, sus ojos se abrieron desmesuradamente, tras unos espejuelos con armadura metálica.

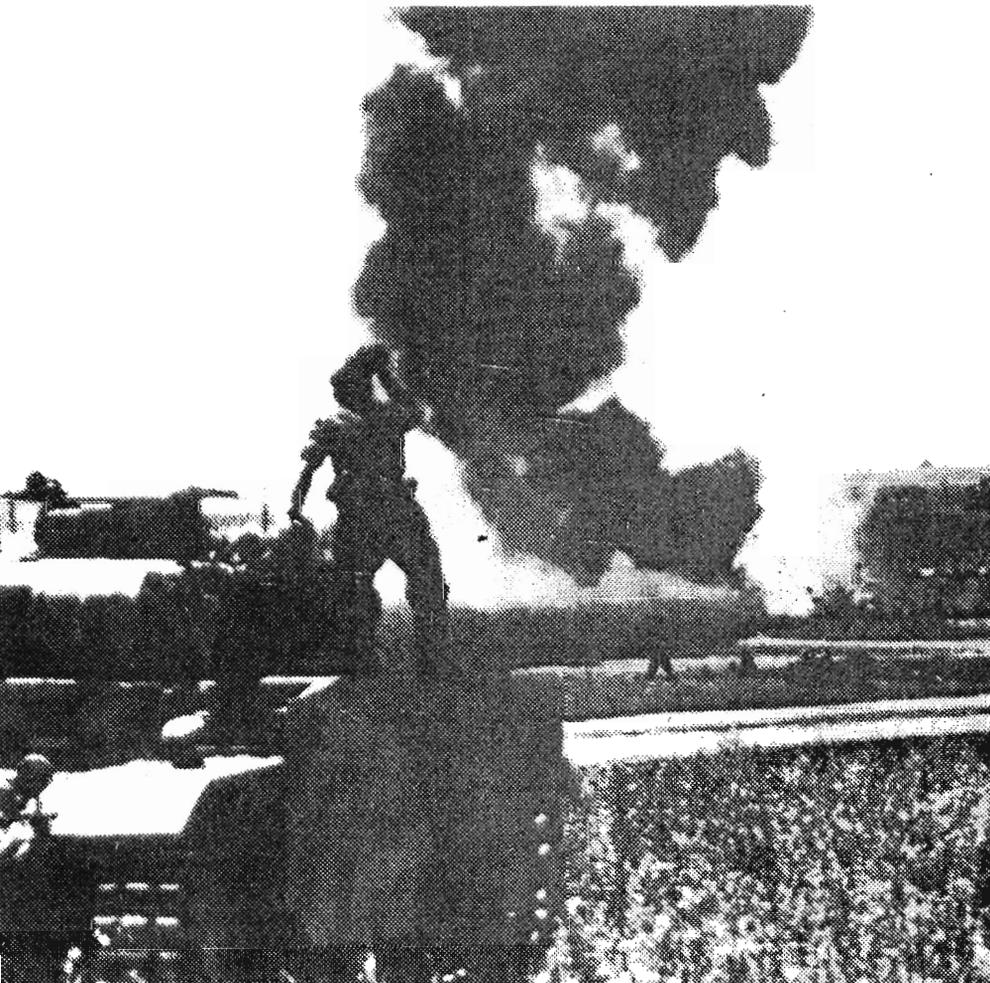
— ¡Pero hijo... — exclamó — ¿tú crees que este es el momento...?!

¡Padre... — le respondí — ¿qué otro momento más apropiado que este?! Dentro de poco — continué diciéndole — al paso que va esto, no nos quedarán más momentos... — ¿Tú crees...? — me dijo bajando la voz —. Sí, Padre, esto se acabó... Si salimos con vida de aquí... será un milagro... — Al pronunciar yo estas últimas palabras, creí ver un destello de miedo en su mirada. Me hizo un efecto espantoso. ¡Un cura con miedo... un cura, que no quería morir! Imposible... son ideas más, me dije a la vez que sentía vibrar hasta sus cimientos, el andamiaje de quince años de educación religiosa. La voz del cura me sacó de mi confusión. Entre los cañonazos enemigos, cada vez más cerca, le escuché decir: — Ave María Purísima... Y ahora repite conmigo.. Sin Pecado Concebido — Sin

Pecado Concebido... — repetí. Entonces precipitadamente me dijo él: — Estás absuelto... con la obligación de repetir esta confesión en forma apropiada... cuando las circunstancias lo permitan...

"¡Cuando las circunstancias lo permitan...!" exclamé para mis adentros con tristeza. "Pero bueno", continué diciéndome "ya este asunto, por lo menos lo tengo resuelto.. ¡el pasaporte para el más allá!"

Es el momento de rendirnos. Escondido con dos compañeros más, observamos desde la tupida maleza y a pocas yardas de nosotros a las tropas enemigas. Están por donde quiera. Sólo dos de nosotros estamos armados con sub-ametralladoras. El tercero está en muy mal estado, con dificultad para respirar. Muertos de sed y de cansancio, llegamos a la amarga conclusión de que toda resistencia es ya inútil. Entonces me arranco las insignias del uniforme, pues sé que estas son siempre peligrosas, cuando uno cae en poder del enemigo, ya que tienden a excitar y exacerbar su furia. Tomo mi M-3 y lo voy a romper, antes de salir a un claro donde están los milicianos y entregarme, pero algo me detiene. Contemplo el arma, ese fiel aparato, que muchas veces me salvó la vida y hasta me sirvió de almohada... ¡Lo único que nunca me falló, durante toda aquella experiencia, donde tantas máquinas y hombres, sí fallaron! ¡Lo único en quien yo verdaderamente confiaba...! ¡No...no puedo hacerle eso a mi fiel compañero!



"El dispositivo eléctrico que mueve la torreta del cañón, estaba descompuesto, como en casi todos los tanques nuestros. Nos los habían dado viejos y defectuosos"...

pensé. ¿No se le toma cariño a un automóvil, a un mueble y a otras cosas inanimadas, que extrañamente nos duele, cuando tenemos que desecharlas? Lo deposito en la tierra con suavidad, y después lo cubro de hojas secas; mientras, pienso que soy un sentimental incurable. Me incorporo del suelo y doy unos pasos... La ausencia del peso del arma me produce una extraña ligereza, que me a gusta, casi como si estuviese desnudo. Sí... pienso entonces, ya sólo me queda conmigo mi suerte.

El pueblo de Girón está repleto, no sólo de milicianos y prisioneros de la brigada invasora, sino de periodistas cubanos y extranjeros, y personajes del régimen. Hay un ambiente en todo esto irreal, como si se tratase de una feria.

Chistes, insultos, palabras bondadosas, amenazas, sarcasmos, risas y lágrimas. Pero para mí, y me imagino que para mis otros compañeros de infortunio, algo importantísimo: ¡Agua... agua limpia y a pastos!

La casa donde estábamos detenidos unos veinte de nosotros, era amplia y

fresca. Sentados o acostados en el piso de lozas azules, podíamos observar el espectáculo, pues las puertas y las ventanas estaban abiertas de par en par. Constantemente entraban al recinto oficiales enemigos y periodistas, ya fuese a hacernos preguntas, como sólo a contemplarnos y satisfacer su curiosidad. De repente hizo su aparición, rodeado de unos cuantos hombres fuertemente armados, un individuo de figura insignificante, con una cámara fotográfica colgada al cuello. Mi memoria está trabajando muy bien. Me reproduce sus rasgos nítidamente. Era un tipo corriente... barato. El típico cubanito blanco "guaricandilla" con pantalón de color indefinido y camiseta blanca, muy limpio. Estatura mediana, bastante delgado, facciones simples, más bien afiladas, pelo muy negro, y el inevitable y picuo bigotito de chulito de "café con leche". Un individuo al que en el transcurso de mi vida habla visto un millón de veces. En un tiro al blanco, de "coime" de un billar, abriéndome la puerta de una oficina, barriendo un parque, vestido de azul dentro de una perseguidora de la policía, de conductor

de una "guagua", entre las sombras de un prostíbulo de la calle Crespo, o simplemente, tratando de venderme un billete de lotería o preparándome una "frita". Se fue acercando a varios de mis compañeros y preguntándoles el nombre. Cuando llegó hasta mí, más o menos, se produjo entre nosotros este diálogo:

—Y tu... ¿cómo te llamas? —me preguntó, en un tono amigable y con cierto dejo bondadoso en su voz.
—Felipe Rivero... —le respondí, con la naturalidad, que produce el cansancio.
—Rivero... —repitió él pensativamente.
—¿Eres algo de la gente del Diario de la Marina? —Sí... —le respondí —somos familia—. Al pronunciar yo estas últimas palabras, su expresión se alteró en un gesto de asombro, alzó su cámara a la altura de mi rostro, y la hizo funcionar repetidamente. Aquello, no sé porqué, me divirtió bastante, aunque no pude evitar cierta preocupación, al pensar como luciría mi rostro después de cuatro días en un campo de batalla. Observé que la cámara era muy buena. La cuerda sonaba, como aquellos juguetes caros, que en un ayer muy lejano, me regalaban cuando tuve la suerte o la desgracia de ser un "niño rico".

—¿Y cómo te metiste en esto... chico? —Me preguntó entonces. El tono de su voz, era ahora aún más bondadoso y suave. Yo por mi parte, no pude evitar ante su actitud, no sentir hacia él ninguna hostilidad. "Es un pobre hombre, —me dije— realizando la función que le han encomendado".

—Bueno viejo... —le respondí, por decir algo. Yo no soy comunista y esto... el país... está dominado por los rusos y los chinos. —Al yo decir esto, su rostro adquirió una expresión todavía más bondadosa y amigable y con un gesto dramáticamente paternalista, me dijo entonces:

—¡Tú no sabes lo buenos que son esa gente... los rusos y los chinos! ¡Tu no te puedes imaginar lo que han hecho por Cuba!

Por toda respuesta, yo me sonreí con él, como asintiendo a lo que me decía y agradecido por su información. Total, pensé, ¿de qué vale discutir con este pobre analfabeto, quienes son los comunistas rusos y chinos?

El entonces, miró hacia todos nosotros y dijo en son de pena:

—¡Que equivocados están ustedes señores...! —dijo media vuelta y salió del recinto, seguido por sus escoltas.

Cuando se fue, me volteé hacia mis compañeros y les dije: —No valía la pena discutir con ese infeliz.

—Ese no es ningún infeliz... —me respondió una voz en el grupo— ¡ese es Carlos Frankl! □

(CONTINUARA)